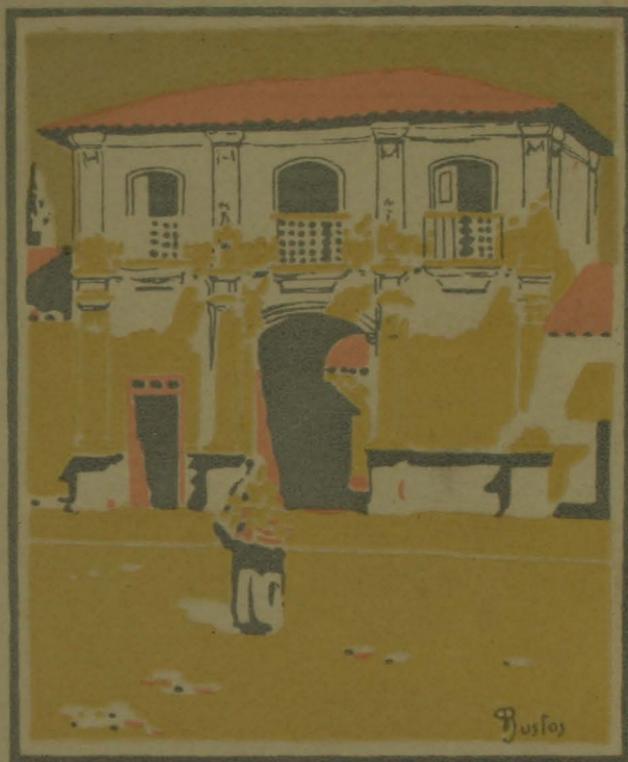


# REVISTA



## DE ARTES Y LETRAS

Año II.—N.º 2.

1.º de Marzo de 1918.

Casa Colonial, Avenida de la Recoleta, Santiago  
Gouache del Sr. Alfredo Bustos

Ediciones de ARTES Y LETRAS

## CUESTIONES INTERNACIONALES

La política internacional chilena ha tenido, como la de todos los países, caídas y triunfos.

¿Hay conveniencia pública en que se ignoren los nombres de los que han causado las primeras y los nombres de los que han alcanzado los segundos?

Los artículos de esta Sección, escritos por quien ha penetrado el misterio de nuestra diplomacia, levantarán hasta donde sea patriótico hacerlo, el velo que sigue cubriendo las figuras de los unos y los otros, de los incompetentes y de los hábiles.

El primer artículo que escribimos sobre nuestras cuestiones internacionales, —publicado en el número I de esta Revista,— ha producido el efecto de una amenaza, de un peligro para los que se saben estar entre las personas que posiblemente serán censuradas en estas páginas.

Tenemos sobre nuestra mesa de trabajo, al pie de un orngután de bronce que examina desde hace diez lustros, un cráneo humano, antelada caricatura del «El Pensador», de Rodin, varias esquelas, finas algunas y torpes otras, en las cuales se refutan nuestros comentarios sobre la neutralidad de Chile, se

nos afirma que la misión de don Rafael Blanco es muy importante y se niegan los talentos del Ministro Huidobro.

—Bien, hemos dicho al leer las primeras: la controversia amable es un agrado, la refutación aguda, una delicia; y mal, pésimo, hemos exclamado al leer las otras, las torpes, porque la frase agría, antes que desvanecer un cargo, lo confirma y porque, además, quien comete atentados contra el lenguaje, puede, por la misma razón,—la ignorancia,—cometerlos contra el país.

Y como no es posible volver atrás, ni, para que el público juzgue, publicar esas cartas seguidas de una reiteración de nuestros cargos, nos diremos como Virgilio a Dante en presencia de aquellos seres desdeñados por la justicia y la misericordia:

Non ragioniam di lor, ma guarda, e passa!

Y pasaremos, esto es, seguiremos en nuestra obra de información depurativa...

## I.—Chile en América

Ha menguado la propaganda hecha a la Conferencia de Neutrales que debería, como todo gran acontecimiento sudamericano, celebrarse en Buenos Aires, olvidados, tal vez, sus promotores, de Montevideo que, por su situación y su carácter, debiera ser La Haya de Sud América.

La idea, en principio, no es mala; se trataría de ponerse de acuerdo sobre lo que deben hacer las naciones de este continente en presencia de la guerra europea, sólo que, de seguro, el resultado de esa reunión de pacíficos, sería el mismo de las reuniones de los belicosos, es decir, ninguno; porque a esas conferencias los delegados concurrirían con un intento ostensible: la conveniencia de los países sudamericanos, y con otro velado: la conveniencia de sus respectivas naciones, buscada a despecho de las ajenas. ¿Qué país iría a esas conferencias dispuesto a ceder algo de lo propio en beneficio de lo común? No habría, en realidad, más programa que echar las bases de la futura unión aduanera de las naciones latinoamericanas, y ello

es, como se comprenderá, una utopía. Caerán luengas lluvias antes de que se fije la equivalencia de los vinos chilenos y de los carneros argentinos. Esto es un axioma entre los economistas separados por los Andes.

Con motivo de uno de los ya muchos discursos de Mr. Wilson, en que trató de la cuestión de Alsacia y Lorena, se ha hablado con todos los acentos característicos de los diversos países sudamericanos, de Tacna y Arica. Estas dos celebridades deberían ser devueltas, sin demora, a su primitivo soberano. Los sostenedores de esta idea olvidan que no hay paridad posible entre Tacna y Arica, y Alsacia y Lorena. La conquista de las últimas fué motivada por una guerra que provocó Alemania. (¿Fué ella la que provocó la guerra del 70, como lo quiere, entre otros, Olivier, en su interminable obra sobre el Imperio Liberal, desdeñando el parecer de Jules Simon que encontraba el origen de esa guerra en la aventura de Méjico, que desprestigió el Imperio; el de John Lemoine, que asegura que toda la Francia, que todo el mundo en Francia quería la guerra, y, por último, la opinión del profesor inglés Wiriath, que recuerda, como una revelación del pensamiento napoleónico, la frase de la Emperatriz Eugenia: «Sin una guerra mi hijo no será Emperador»?!) La conquista de Alsacia y Lorena, decíamos, fué motivada por una guerra que provocó la Alemania, mientras que Chile fué provocado el 79 por el Perú, como lo demuestra con irredargüibles razones y aplastadores documentos, nuestro egregio historiador don Gonzalo Bulnes, en su magnífica obra: «Guerra del Pacífico».

El discurso de Mr. Wilson ha sido una brisa para las frentes de los peruanos que sueñan con el desquite, una brisa que esperan ver convertida en viento de gloria. Esta esperanza es nefasta, un peligro para la paz sudamericana y una preocupación perjudicial para la enseñanza de la juventud, que ha de ser serena y no incitadora de los gritos de odio como los que se oyeron en Lima con motivo de la visita de los boys scouts bolivianos, gritos que intentaron conspirar (valga el latinismo, porque traduce dignamente uno de los verbos caros a Plauto), desde lejos, eso sí, la dignidad de nuestro país, y que no se re

dujeron a remover el aire, ya que despertaron el intento de reanimar la antigua confederación Perú-boliviana, como lo demuestra el siguiente programa de un concurso a que ha invitado la Federación de Estudiantes del Perú y que versa sobre la unión Perú-boliviana:

Programa del concurso: I. Las razas indígenas. II. La unidad colonial. III. La unidad en la guerra de la independencia. IV. La confederación santacrucina. V. Primer intento de reunión. VI. La primera guerra Perú-boliviana con Chile. VII. La confederación de los Estados Unidos Perú-bolivianos en la segunda guerra con Chile. VIII. Razones permanentes para la reunión de los dos Perús. IX. Obstáculos e imposibilidades actuales para su unificación.

Conocido el espíritu de la juventud peruana, suscitador y director, como en muchas partes, de los entusiasmos del pueblo, nos explicamos perfectamente que el Gobierno de la Moneda impidiese el viaje a los estudiantes chilenos a Lima. Esa visita habría sido desastrosa. Por suerte para nosotros, la Cancillería chilena tuvo conocimiento de los subpreparativos de la juventud y el pueblo peruanos, a los cuales no se sabe hasta hoy si prestó o no su concurso Bolivia, pues nuestro Ministro en esta nación, señor Vergara Clark, no se dió, ni en consecuencia, dió cuenta de nada de lo que, probablemente, se urdió a la sombra misma de su apuntado... Es unánime la opinión de que el señor Vergara Clark no estuvo en esos momentos... ¡ni en otros! a la altura de su cargo.

Las manifestaciones de la juventud Perú-boliviana nos advierten de que es ya llegado el tiempo de que nuestra Legación en La Paz sea servida por persona de primera calidad como talento y cultura. Tenemos con Bolivia intereses comerciales que deben llevarnos a un tratado que los rija en armonía con las conveniencias de ambas naciones. Pero esto no ha de ser sino después de maduro estudio del asunto, a fin de impedir las interminables discusiones que suscitan los proyectos elaborados a la ligera, con más base de buena intención que de serios y documentados estudios. Para esto debería nombrarse una comisión de personas especialmente preparadas, tal

como la que hubo y habría conveniencia en restablecer, en el Ministerio de Relaciones Exteriores, para todo lo concerniente a la cuestión de Tacna y Arica.

## II.—Chile en Europa

La propaganda hecha a la idea de que Chile debe unir su política internacional a la de Estados Unidos, para evitar que esta nación nos mire con desconfianza, lo que podría envolver peligro para nuestro porvenir, ha continuado en forma nueva. Ya no son los imperativos cablegramas de un periodista chileno en viaje, cuyo anglicismo se agravó al contacto de su ambiente de adopción; ni los intentos de uno de nuestros Ministros diplomáticos de dirigir, desde brumoso punto de la tierra, la política internacional de Chile, olvidándose de que para ello sería preciso que el Presidente de la República abandonase uno de los más sagrados deberes que le impone la Carta Fundamental, nó. La táctica de esos entusiastas es ahora otra. Fracasada la propaganda hecha desde allá,—la distancia es tiempo y el tiempo es frío,—han pensado en que, para que fuese fructifera, la propaganda periodística debería hacerse no por el corresponsal en Europa de uno de los primeros diarios de Chile: *El Mercurio*, sino por el corresponsal en Chile de uno de los principales diarios de Europa: *The Times*. Pero el nuevo procedimiento ha sido menos afortunado que el primero, pues si los pareceres del periodista chileno fueron recibidos, aun por la mayoría del país que es aliadófila, con signos que quisieron ser de benévola aquiescencia, las opiniones del periodista inglés han merecido la más franca reprobación, tanto que, haciéndose eco de ella, el teniente coronel de nuestro ejército, don Julio Brownell, exigió a ese corresponsal, señor Arthur S. Loveday, que rectificara sus informaciones, o si no, que le diera una reparación por las armas. El corresponsal rectificó, pero se ha quedado aquí, en la tierra de los insultados por él, con lo que ha demostrado noblemente que prefiere el terreno de la verdad al del honor....

Decíamos que los pareceres del escritor chileno fueron recibidos con benevolencia y ello era natural, porque a él se le pue-

den perdonar muchos yerros, primero, porque los dice bien y los ilustra mejor, y después porque se comprende que la natural hidalguía del extranjero lo haya hecho teñirse de las ideas dominantes en el país que visita; pero no pasa lo mismo con el escritor inglés. Sus comunicaciones no son pareceres personales sobre la conveniencia o inconveniencia de la política seguida por el país cuyo suelo pisa, sino informaciones calumniosas, lodo arrojado a la representación parlamentaria del pueblo chileno.

Nadie ignora que aquí, como en todas partes, los electores son venales, que se cotizan, particularmente o en grupo, según la importancia que los candidatos atribuyan a su triunfo... Decir esto es recordar una verdad, pero sostener que hay hombres públicos prestos a comprar la conciencia chilena con oro extranjero es proferir un insulto que cae directamente sobre los elegibles y los electores: es algo que en otro país de más limpia tradición electoral que el nuestro, se habría castigado con la inmediata expulsión de quien tales acusaciones hiciera. Por desgracia, no hemos vivido libre de esas influencias corruptoras. El corresponsal, en Valparaíso, de *The Times* ha de haber pensado, al formular sus cargos, que por donde una vez pasaron las libras bien pueden pasar los marcos, y que si en el balance de una sociedad comercial londinense apareció, hace algunos años, una suma de dinero entregada a un hombre público chileno.—¿Don Julio Zegers?—para dirigir las resoluciones del Congreso, no sería de extrañarse que aparecieran mañana, en el balance público de los gastos de Alemania, algunas partidas destinadas al clero y al ejército chilenos para dirigir también las resoluciones electorales de nuestro pueblo.

El comienzo del nuevo sistema de propaganda aliadófila, inútil desde el punto de vista de la opinión, que está en su inmensa mayoría con los intereses de la civilización latina, ha avivado el recuerdo de todas las fases del primer modo de propaganda y, entre ellas, el de la que, por lo que se verá más adelante, debió de ruborizar a su autor: el recuerdo del artículo editorial de *El Mercurio*, de 19 de Octubre de 1917, que marcará para siempre el límite de... amoralidad, querríamos decir benévolamente,

pero como lo amoral sólo pertenece, en el buen sentido nietzschiano de la palabra, a las actividades de la naturaleza que no se rigen por ninguna ética, emplearemos el término justo, o sea el límite de inmoralidad a que suele llegar el decano de nuestra prensa cuando en uno de sus poquísimos rasgos de franqueza abandona sus acostumbradas cordura y circunspección.

Los diarios chilenos no se han distinguido por su pusilanimidad; han tenido y tienen el mérito de ser valientes, de denunciar sin ambages los abusos y de atacar con vigor a las personas y las ideas que consideran perniciosas; pero si el defecto correlativo a su virtud los ha hecho caer en acusaciones violentas, fallidas, muchas veces, a la postre, no los había manchado, hasta ahora, con las confesiones que muestran a uno de sus más prestigiosos representantes, inspirado por la filosofía que declara este párrafo editorial:

«Pero la independencia de los países modernos es relativa, como la independencia de los hombres en la sociedad; *pueden hacer lo que quieran*, a condición de tener *amigos*, de seguir los *usos y prácticas comunes*, de sujetarse a las *costumbres y tradiciones del buen vivir*.»

Esto es la justificación de cuanto de bochornoso pasa en nuestra política, en nuestra sociedad y en nuestra vida de nación. Es la más estupenda lección de inmoralidad que se puede dictar desde una cátedra que debe ser de la más pura enseñanza cívica. Tratad, se nos dice, de tener amigos, de seguir los usos y prácticas comunes, de sujetaros a las tradiciones del buen vivir, y todo os será perdonado... No os señalo ejemplos, porque serían superfluos. Y si os extralimitáis, ahí tenéis esos templos que, semejantes al de la Misericordia que había en Atenas, mantienen en el más absoluto vigor el derecho de asilo de las acciones y los hombres: al templo de la Ley: los Tribunales; al templo de las Leyes: las Cámaras.

¡Nó! Ese editorial, que no podemos atribuir al culto y sereno espíritu de don Guillermo Pérez de Arce ni al de don Joaquín Díaz Garcés, necesita una explicación que desnaturalice sus términos; estamos prontos a dejarnos inducir en error, a no ver en las frases recordadas la voz de alguien que nos dice desde

elevada situación:—Vosotros, los que no delinquís, los que no habéis buscado el medio de tener *amigos*, de seguir las *costumbres del buen vivir*; los que ignoráis lo que es una inscripción fraudulenta de títulos agrícolas o salitreros o una fraudulenta operación de Bolsa, seréis siempre pequeños, porque, oidlo bien, hay una verdad enorme en el grito de ese personaje de Sudermann, en «Die Heimat»:

—¡Es preciso ser culpable para ser grande!

¡Ay del día en que el pueblo penetre toda la profundidad de esos consejos más disolventes que las más avanzadas ideas nihilistas o anárquicas, y más inexcusables aún porque no han surgido, como ellas, de la miseria y el dolor!

### III.—Las jubilaciones de los ministros diplomáticos

En el Presupuesto de Relaciones Exteriores figura una Partida destinada al pago de las jubilaciones y pensiones de los empleados del servicio diplomático.

Hay, entre los agraciados, antiguos y meritorios servidores del país, cuyos nombres llenan muchas páginas del archivo del Ministerio de Relaciones; pero figuran allí también personas que si han actuado en el elenco de nuestras legaciones ha sido ocasionalmente y sin que sus servicios hayan dado lugar a otra cosa que al olvido.

Esto proviene de un error legal; se ha concedido a los Ministros y Secretarios del servicio el derecho a jubilar, equiparándolos a los Ministros y sueldos de las Cortes de Justicia. Según esto, un empleado que jamás ha pertenecido al servicio diplomático, que ha sido supernumerario de un Ministerio, o Inspector del Instituto, o Subsecretario, o Secretario de una de las Cámaras y que se hace nombrar Ministro Plenipotenciario, merced a las todopoderosas influencias de familia, puede, después de un año, volver al país y jubilar con veinte mil pesos anuales, o más.

Sería conveniente reformar la ley haciendo la declaración de que, para jubilar, los años de servicio que se computen serán

los que el solicitante haya estado en el servicio diplomático, ya sea en el Ministerio, ya en las Legaciones.

El señor Guillermo Pereira Iñiguez, actual Ministro de Relaciones Exteriores, está en especial situación para concluir con el abuso a que aludimos y los demás que él ha de conocer, pues debido a su serenidad, a su buen criterio, a su cultura y a su preocupación por los servicios públicos, nadie atribuirá sus actos, como se hace con todos los que se quiere combatir, a intereses de bandería política, sino a un elevado espíritu de probidad y gobierno, mucho más cuando para ello contará con el eficaz apoyo de quien ha corregido y seguirá corrigiendo muchas de las corruptelas que nos degradan: el Presidente de la República.

E. DE SALAVERRY.